

CIUDADANA DE LA GRAN CIUDAD

POR ENRIQUE SUÁREZ GAONA

Y de repente llegó el verano: me estaba rasurando y como siempre se escuchaban las voces del departamento vecino y por el ducto del aire acondicionado que compartían nuestros baños entraron voces que a ratos se entendían con claridad, pero que aún cuando sólo fueran murmullo tenían el ritmo, la cadencia caribeña y tropical, salpicada de eles, de eles.

El verano neoyorquino humaniza la ciudad, a la vez que la lleva a extremos infernales. Puebla sus calles con toda esa flora y fauna étnicas que en ella se apiñan. Las ratas —animales y humanas— salen penosamente de sus madrigueras y tardan días en desperezarse: cuando lo hacen, las dentelladas cubren el horizonte.

Días de gozo y temor, sensuales y amenazantes, prometen ofrecer un mundo: experiencia totalizadora que acaba por amedrentar al mejor galán, al más osado o al timorato. Parecería que del invierno opresivo de lo único que se libera uno es de la ropa.

Nuestro edificio estaba en la calle 110, oeste, esquina con Broadway. No es la "vía blanca" de la tradición teatral, las revistas musicales, Damon Runyon y la propaganda "limpia pura". Se acerca a la picaresca de Runyon: pero con sangre, violencia, odios raciales y sin el menor sentido del humor.

A estas alturas del norte de la avenida, el paisaje humano se colorea: la calle —el límite del Central Park— es la frontera entre el guetto negro y el puertorriqueño y el hispano. Más que límite, crecientemente se ha vuelto línea de choque, territorio en disputa, zona ardiente —custodiada por cascos azules, pero de color oscuro, y no de Naciones Unidas. Muestra clara de la falaz ideología prevaleciente del melting-pot.

El *College Residence Hotel* era —es— una especie de resumidero de su contorno étnico: resumen y resumidero: a la vez alcantarilla y cloaca: *La Vida* de Oscar Lewis con *Otro país* de James Baldwin. Entre negros y puertorriqueños deambulaban, como suspendidos en otro espacio y otro tiempo, algunos estudiantes de la vecina Universidad de Columbia. Liberados por becas paternas o institucionales, de las presiones familiares.

Originalmente, el apartamento vecino había sido ocupado por un puertorriqueño joven, marcado en la cara, claro, pero más bien discreto y callado, de aspecto ratonil y ojibajo. Con esa no-mirada a la altura del piso que otorga la ciudad a esos campesinos —ahora— lumpen, escupidos al exilio por —para— el milagro económico de su isla. Sus ocasionales juergas eran timbaleras, pero de bajo tono: que también ahí esa música es disonante y acaba por autoponerse sordina.

El se cambió allá por septiembre: ahora era junio, un junio como sorprendido por la violencia del invierno, del cual apenas se saliera unas cuantas semanas antes. Y ella había llegado en pleno invierno, ella, su compañera.

Con su abrigo endeble, barato y rabón, sus más lamentables y elementales botas de hule y una gorra sin duda tejida por ajados dedos campesinos y maternos, a su llegada conservaba una frescura boricueña: cutis de sol y sal, sin maquillaje, dispuesta a sonreír hasta con quien (ignorante) no debía hacerlo en ese ring.

El sonido vecino de "Radio Bolinquen, Nueva York", subió de volumen. Se prolongaron sus sesiones. A diario, sólo unos manazos en la pared contigua, a las tres horas de cumbias, guarachas y Sonoras, lograban reducir su entusiasmo y acallar



un poco el rebumbio. En la noche más profunda, risitas y crujidos de su cama, "amolcitos y caliños" alternados, comprobaban el entrepiernado amor de la pareja.

Pero un día logró por fin trabajo: a lo que había ido: a huir del estómago vacío para emprender el ensueño norteamericano.

De inmediato el Monstruo se apoderó de ella y la fue engullendo, deleitosamente, poco a poco: botas nuevas, medias de colores, minifaldas, capas y más capas de maquillaje, hasta que su descomposición culminó al aparecer con un abrigo artificial, piel de tigre, que la hacía parecer que llevaba consigo por doquier la esquina en qué pararse a esperar un cliente. Era, ya, por derecho propio, una ciudadana de la Gran Ciudad.

Al estarme rasurando, el hecho de poder estar desnudo (a la mexicana: encuerado) inclinaba el fiel de la balanza al lado favorable de mi relación odio-amor con la ciudad. Yo también era de los espaciales-atemporales estudiantes. Pero mi calidad de latino me insertaba en el submundo de habla hispana. Detrás de mi oscura y espesa barba, se me atribuía además una calidad —cuasi— jipesca que satisfacía mi innata vocación de intruso.

Escudado tras sandalias, barba y collar de la paz, pude contemplarla (contemplarlos) a gusto sin que se sintiera amenazada: cuando coincidíamos en el elevador, a los dos meses de su estancia, confiada me sonreía convencida que era uno más, ¡ja!... de esa especie estudiantil que la dejaría en paz, que ni la violaría ni se casaría con ella, que elucubraba con hipótesis de por qué los puertorriqueños eran más nais y trabajadores que los negros, ignorando, ella, todo el tiempo, que al crecer esa especie acabaría explotando a ambos y otras minorías.

Seguí rasurándome hasta que los ruidos vecinos se agudizaron y me dejaron inmóvil.

— qué má e lo-que-quiere-tú...
si te lo doy todo, todo...

— ...
— quítateme dencima, aholita no, no quielo
E lo único que tú sabe hacé, tú...

— ...
— que no, que no quielo, ¡ay!...
— ¡Sí quiele!
— ¡No quielo!
— Mila que ...
— Avel, avel ...
— Avel, atlévete...

Y se atrevió: los guamazos fueron acompañados de un agudo lloro, un portazo, más chillidos, y otro portazo.

Minutos después regresó, aún llorando, pero ahora acompañada de paisanas suyas, vecinas del fondo del piso:

— Poblecita ...
— Así son los hombres, ni modo ...
— Eh un ijoeputa, un comemiella ...
— No te melece ...
— No le hable en una semana ...
— ¡Tlaelte desdeayá pa pegalte! ...
— Poblecita, ijoeputa ...
— Sí, Sí: e un comemiella, ijoeputa, mantenido
Hacelme eso a mí, golpealme ...
A mí, su plopia helmana.

